

un fusil para cazar lobos. Me parece que no me fastidiaría nunca en este país.

¡Ay! ¡Demasiado sabía yo que Ives se cansaría á la larga! pero juzgué inútil decirselo, y me pareció mejor dejarle con su alegría, como á los niños.

Además, también él debía partir; dos días después que yo había de regresar á Brest para embarcarse de nuevo. La permanencia en Toulven no era más que un reposo breve en nuestra vida; un entreacto de Bretaña, después del cual nos esperaba nuestro oficio de marinos.

Pronto estuvimos en medio de los bosques: nada de senderos, ni de chozas; solamente colinas que se reproducían á lo lejos, cubiertas de hayas, de encinas y de maleza. ¡Qué profusión de flores! Todo este país es florido como un Edén.

A lo lejos el canto del cuco en los árboles, y alrededor nuestro el zumbido de las abejas.

Las *luzes* crecían por todas partes en los suelos silíceos, mezcladas con los floridos brezos. Ana encontraba siempre las más hermosas, y me las daba á manos llenas. Ives nos miraba con una sonrisa muy grave, seguro de representar, por la primera vez en su vida, una especie de papel

de maestro, lo cual le tenía un poco sorprendido.

El sitio era agreste. Aquellas colinas erizadas de gigantescos árboles; aquella alfombra de musgos y helechos, recordaban paisajes de tiempos antiguos, bien que sin caracterizar época determinada. Solamente el traje de Ana parecía indicar que estábamos en plena Edad Media.

No la Edad Media, crepuscular y sombría, que Gustavo Doré ha concebido y ha creado, sino la Edad Media del hermoso sol, y llena de flores aromosas.

Ya eran las once cuando tornamos á la choza de los Keremenen; hacía demasiado calor en aquel verano. Las florecillas de los caminos se encorvaban bajo aquel sol ardiente, á cuyos rigores no estaban habituadas.

La una.—Era para mi hora de marchar. Ante todo, fuí á dar un beso á Periquillo, que continuaba durmiendo en su cuna de encina como si aquellos cuatro días no le hubieran bastado para reponerse de la fatiga causada por su venida al mundo.

Despedíme de todos. Ives, pensativo, de pie cerca de la puerta, me esperaba para acompañarme hasta Toulven, donde yo había de tomar la diligencia que llegaba hasta la estación de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Bannalec. Ana y su padre quisieron también acompañarme.

Después, cuando ví que Toulven, el campanario gris, el melancólico estanque, se alejaban y desaparecían, sentí que mi corazón se oprimía. ¿Cuántos años tardaría yo en volver á Bretaña? Una vez más estábamos separados mi hermano Ives y yo; uno y otro íbamos hacia lo desconocido. Inquietábame mucho su porvenir, sobre el que veía flotar nubes sombrías. Pensaba yo además en aquellos Keremenen, cuya cariñosa acogida me había conmovido, y preguntábame á mí mismo si mi buen Ives, con sus grandes defectos y su carácter indómito, no llevaría la desventura bajo aquel techo de paja cubierto de rojas florecillas.

LI

Noviembre, 1880.

Han pasado dos años... un poco más.
Periquillo tenía frío. Lloraba, procurando esconder sus manitas debajo de su delantal. Hallá-

base en una calle de Brest, poco antes del amanecer de un día lluvioso de Noviembre. Trataba de adherirse á su madre, que también lloraba,

María Kermadec estaba allí, esperando, callejeando en la oscuridad como una mujerzuela. ¿Volvería Ives? ¿Dónde estaba? ¿Dónde había pasado la noche? ¿En qué lupanar? ¿Volvería al menos á bordo cuando sonase el cañonazo á la hora de la lista?

Otras mujeres también esperaban.

Pasó una con su marido, contra maestre lo mismo que Ives; el marido salía completamente borracho de una taberna que acababan de abrir. Intentó andar, y aun dió algunos pasos, pero cayó pesadamente al suelo, y su cabeza, al chocar contra el duro granito, produjo un lúgubre sonido.

—¡Ah, Dios mío! exclamaba sollozando aquella mujer. ¡Jesús, Virgen María, tened compasión de nosotros!... Nunca le he visto como ahora.

María Kermadec le ayudó á levantarse. «Gracias, señora,» dijo el borracho, que tenía, á pesar de la embriaguez, fisonomía dulce y seria. La mujer prosiguió ayudándole á andar, con gran esfuerzo.

Periquillo continuaba llorando silenciosamen-

te, como si comprendiera que algo vergonzoso pesaba sobre ellos y que no convenía meter ruido. Bajaba su cabecita y guardaba siempre bajo el delantal sus manos ateridas. Estaba, sin embargo, bastante abrigado; pero el pobre llevaba ya mucho tiempo de estar á pie quieto, en aquel extremo de una calle húmeda. Los faroles de gas acababan de apagarse y estaba todo muy oscuro. Pobre planta, sana, fresca, nacida en los bosques de Toulven, ¿cómo había venido á caer en esta miseria de lá ciudad? Perico no se explicaba bien este cambio; no podía comprender por qué su madre había querido seguir al esposo y habitar un alojamiento húmedo y sombrío, en el fondo de un patio, en una de las calles bajas próximas al puerto.

Pasó otro; este segundo pegaba á su mujer, no quería dejarse llevar; el espectáculo era repugnante. María dió un grito cuando oyó el ruido hondo de un puñetazo dado en un pecho; después se ocultó el rostro. No; Ives no había llegado nunca á ese extremo. Pero ¿no llegaría alguna vez? ¿No sería preciso, en algún caso, sufrir esto?

LII

Ives pareció al cabo; andaba derecho, erguido, con la cabeza alta, pero la mirada era vaga y como extraviada. Vió á su mujer, pero siguió andando como si no la hubiese visto, lanzando hacia ella una mirada de turbación y de enojo.

No era él, como decía Ives mismo cuando llegaba la hora del arrepentimiento; hora que, por fortuna, todavía llegaba.

No era él, en efecto: era la bestia salvaje que despertaba la embriaguez, cuando su alma verdadera estaba dormida ó desaparecía.

María tuvo buen cuidado de no decir una sola palabra, no ya de queja, sino ni aun de súplica. En aquellos momentos en que la cabeza de Ives estaba perdida, lo más prudente era no decirle nada: á la primera palabra habría vuelto á marcharse. María estaba segura de esto, y se encerraba en el más profundo silencio.

Seguía con la cabeza baja, aguantando la llu-

via y arrastrando casi á Perico, que procuraba llorar más quedo todavía desde que vió á su padre, y que se mojaba sus pobres piececillos en el agua de los arroyos. ¿Cómo había podido su madre dejarle andar así? ¿Hacerle salir de ese modo antes de ser de día? ¿Dónde tenía la cabeza? ¿En qué pensaba? María tomó en brazos al niño, lo abrigó con sus ropas y le besó cariñosamente.

Ives fingió que pasaba por delante de su puerta y seguía adelante—rasgo de estupidez;—luego miró á su mujer sonriendo, como para decirle: «Era una broma que yo quería darte; pero, ya lo ves, me retiro á casa.»

María continuaba siguiéndole de lejos, y subió la escalera haciendo el menor ruido posible. Afortunadamente no había amanecido todavía y era probable que no se hubiera levantado ningún vecino que pudiera ser testigo de aquella vergüenza.

María entró después de Ives en su habitación, y cerró la puerta.

No había fuego; advertíase un aire de miseria que entristecía el alma.

Cuando hubo encendido una vela, vió María que Ives llevaba completamente destrozado su vestido nuevo, que ella misma había arreglado tan cuidadosamente.

Ives iba y venía, como fiera enjaulada, revolviendo, derribando los objetos que su mujer había ordenado, los pedazos de pan que había economizado.

María, después de haber acostado á su hijo en la cuna y de haberle abrigado muy bien, fingió entretenerse en sus faenas domésticas. En estos casos era preciso aparentar gran naturalidad; no haciendo eso, como Ives advirtiese que se le observaba, irritábase como fiera que huele sangre, y quería salir otra vez. Y cuando Ives decía: «Me voy; me voy á reunir con mis compañeros,» salía seguramente, con una obstinación de bruto, y no había ni fuerzas, ni ruegos, ni lágrimas que bastaran á detenerle.

LIII

En ocasiones Ives quedaba como muerto y dormía durante muchas horas seguidas: después todo había terminado. Dependía esto de las condiciones del alcohol que hubiese tomado. Otras

veces se conservaba bien, no se sabe cómo, y volvía á su buque, *La Reserva*, para hacer su servicio.

Aquella mañana, cuando dieron las siete, Ives, un tanto despejado, concibió la idea de templar su cabeza con el agua helada, y tomó el camino del arsenal.

LIV

Entonces María, quebrantada, desfallecida, se sentó cerca de la cuna en que su hijo acababa de dormirse.

Por las ventanas, sin cortinas, comenzaba á penetrar una luz blanca. Luz pálida que daba frío.

¡Un día más!—Oíase en la calle el ruido característico de los barrios bajos de Brest en días de *alistamiento*; millares de zuecos de madera golpean el pavimento de duro granito. Los obreros entraban en el puerto de guerra, deteniéndose en su camino para beber aguardiente en las

tabernas recién abiertas, que mezclaban, con la del amanecer, la sucia luz de sus farolillos.

María continuaba allí, inmóvil, oyendo todos estos ruidos, con los cuales se había familiarizado: voces aguardentosas y rechinamiento de zuecos. La habitación que ocupaba estaba en medio de unos caserones antiguos, de mucha altura, de mucha profundidad, inmensos; los patios oscuros, las paredes de granito sin labrar y sólidas, como si fuesen fortificaciones, y que albergan toda clase de familias obreras, veteranos, marineros; por lo menos treinta familias de beodos. Cuatro años hacía (desde que Ives había regresado de las Antillas), que María había dejado á Toulven para venir á ocupar ese cuarto.

Una claridad más blanca entraba ya por los cristales y caía sobre las paredes; penetraba poco á poco en toda aquella vasta habitación, donde su modesto y reducido ajuar, hoy en desorden, parecía perdido. Era día claro. María, para economizar, se levantó y dió un soplo á la vela; después volvió á sentarse cerca de su hijo.

¿Qué iba á hacer durante el día? ¿Trabajaría hoy? No; no se sentía con valor para hacerlo, y además, ¿para qué?

Un día más que sería preciso pasar sin fuego,

con la muerte en el corazón, mirando cómo caía la lluvia y esperando... Esperar, esperar siempre, con ansiedad que crecería de hora en hora; esperar la caída de la tarde; esperar la entrada de la noche; esperar el momento en que el ruido de los zuecos principiase de nuevo, abajo, en la oscura calle. Porque Ives y los otros marineros cuyos buques se hallaban en el puerto, salían al mismo tiempo que los obreros del arsenal; y entonces María todas las noches, asomada á la ventana, miraba desfilar aquella masa de hombres, con los ojos inquietos, mirando lo más lejos posible en todos aquellos grupos, buscando al que había tomado para compañero de su vida.

Reconocíale desde muy lejos, por su elevada estatura y por su aspecto de arrogancia; su cuello azul dominaba á los otros. Cuando le veía andar con apresuramiento, aproximándose á su casa, parecíala que su noble corazón se desahogaba y que respiraba con más facilidad; cuando le veía entrar por debajo de ella, se juzgaba casi dichosa. Ives llegaba, y cuando estaba allí, cuando había dado un beso á su hijo y otro á su mujer, el peligro había pasado, ya no salía.

Pero si Ives tardaba en aparecer poco á poco sentía que la angustia le ahogaba... Y cuando la

hora había pasado, llegaba la noche, la masas de hombres se diseminaban y su marido no había vuelto, ¡oh! entonces comenzaban aquellas veladas siniestras que tanto conocía; aquellas noches mortales de esperar y esperar, que María pasaba con la puerta entreabierta, sentada en una silla, cruzadas las manos, rezando sin cesar, prestando atención á todos los cantos de los marineros que se oían en la calle, temblando cada vez que sonaban pasos en la oscura escalera.

Y después, muy tarde, cuando las otras vecinas estaban acostadas y no podían verla, bajaba; con frío, con lluvia, iba María como una insensata á esperar en las esquinas de la calle, á escuchar á las puertas de tabucos donde aún se bebía, á pegar su pálida mejilla en los cristales de las tabernas.

LV

Periquillo continuaba durmiendo en su cuna para resarcirse del sueño perdido antes de amanecer.

Aquella mañana, María, abrumada como estaba de fatiga y sueño, se había adormecido también cerca de él, recostada en la silla.

Ya era muy de día cuando despertó, con los miembros entumecidos por el frío.

¿Por qué había abandonado á Toulven? ¿Por qué se había casado? Nacida y criada en el campo, ¿qué hacía en Brest, donde todos se volvían á mirar su traje de aldeana? ¿Por qué causas había venido á llevar por las calles de la ciudad su gran gorguera blanca, muy á menudo calada de agua, y que por desesperación, por hastío, por disgusto de todo, dejaba ahora arrugada y desprendida, pendiente de sus hombros?

María había agotado todos los recursos para atraer á Ives. ¡Era todavía tan bueno, tan dulce, quería tanto á su hijo en los momentos lúcidos, que María no dejaba nunca de esperar! Tenía Ives arrepentimientos sinceros que le duraban muchos días: eran aquellos los días de bienandanza para todos.

—Es necesario perdonarme, repetía siempre; ya comprendes que no *era yo*.

Y María perdonaba; entonces no se separaban el uno del otro; cuando por casualidad hacía buen tiempo, vestían á Periquillo con su traje

nuevo, y los tres se iban á dar un paseo por la ciudad.

Después... después... la noche menos pensada, Ives no volvía á su casa, y de nuevo comenzaban los disgustos, y volvía la pobre madre á llorar y á desesperarse.

Las cosas iban de mal en peor; la permanencia en Brest ejercía sobre Ives la misma maléfica influencia que, por lo regular, ejerce sobre todos los marineros. Ahora esto sucedía todas las semanas, se había convertido en *costumbre*. ¿Para qué esperar?

Carecían de dinero. ¿Qué debía hacer? ¿Pedir prestado á sus vecinas, que también se emborrachaban algunas veces, y cuyo trato disgustaba mucho á María? ¿Qué vergüenza! La infeliz, sin embargo, había agotado todos los recursos para ocultar sus escaseces á sus padres, que amaban á Ives como si fuese su propio hijo.

Pues bien; María resolvió decirles que Ives no merecía aquel cariño, resolvió abandonar á ese hombre, que no tenía corazón...

LVI

Sin embargo, sí, una voz secreta abogaba en favor de Ives y aseguraba que el marinero tenía corazón; que era un niño grande á quien la vida de mar había perdido.

Con dulces enternecimientos recordaba María el aspecto noble y tranquilo de Ives, su voz cariñosa, su sonrisa en los momentos de cordura.

¿Abandonarle?... Al pensar en que Ives se iría solo, perdido para siempre, echándolo á rodar todo, entregado á sus vicios y á los de otros; en que principiaría nuevamente su vida de desfreno con otras mujeres; navegando muy lejos, envejeciendo solo, abandonado, destruído por el alcohol... ¡oh! al pensar en todo eso, experimentaba la pobre María angustias horribles; comprendía entonces que estaba unida á Ives por un lazo más fuerte que toda razón y toda voluntad humanas. María estaba perdidamente enamorada de su marido, sin darse cuenta de la magnitud de su

amor. No, mil veces no: antes que abandonarle rodaría con él hasta el fango para tenerle en sus brazos cuando la hora de morir llegase.

LVII

Brest gustaba muy poco á Periquillo, para quien la ciudad era fea y negra.

Solamente cuatro meses llevaba de vivir allí, y sus mejillas redondas habían palidecido un poco. Antes eran parecidas á esas ciruelas muy maduras de los países del Mediodía.

Tenía hermosos ojos negros, que brillaban como el azabache, lo mismo que los de la madre, entre largas y hechiceras pestañas. En su entrecejo había ya algo de serio y grave, heredado de Ives.

Habría sido muy curioso retratarle con su aire reflexivo y su aspecto varonil y resuelto, que le hacían parecer muchacho de más edad.

De cuando en cuando tenía también sus ratos de alegría bulliciosa, saltaba, saltaba alrededor

de aquella mansión triste, produciendo mucho alboroto.

Pero esto no le ocurría tan frecuentemente como en Toulven. Echaba de menos, en sus reminiscencias vagas, sus amiguitos del sendero de hayas, las zalamerías y los mimos de su abuelo y las canciones de su abuela. Allá, en el campo, todos pensaban en Periquillo; aquí, en la ciudad, el pobre estaba solo casi siempre.

Decididamente la ciudad no era de su agrado. Además, siempre tenía frío en aquella habitación sin muebles y en aquella escalera de piedra.

LVIII

«Es necesario perdonarme; ya conoces que no era yo.»

Cuando Ives decía esto, había terminado todo; pero con frecuencia tardaba mucho en decirlo. Cuando la embriaguez había pasado, estaba sombrío, triste, sin hablar, hasta el momento en que con cualquier motivo, por la causa más insignifi-

cante, iluminaba su rostro la sonrisa y expresaba una confesión algo infantil. Entonces se abría el cielo para la pobre madre, que sonreía también de un modo particular, sin proferir nunca una sola queja: aquello era el término de la prueba.

Una vez se atrevió á decir en voz baja:

—A lo menos, cuando se te pase, no estés enfadado tres días.

Entonces Ives, en voz más baja todavía, y sonriendo á medias, contestó, sin atreverse á mirarla y como algo confuso:

—¿No pasar tres días enojado, dices? ¡Voto á...! ¿Crees tú que estoy contento conmigo mismo después de haber hecho una cosa de esas? ¡Ah, sí! Estoy enojado, pero no contra ti, pobre María, te lo aseguro.

María entonces se acercó más á él, y reclinó la cabeza sobre el hombro de Ives; éste, viéndola así, la dió un beso.

—¡Oh! ¡La bebida!... ¡la bebida!... dijo lentamente; y sus ojos, medio entornados, tomaron una expresión feroz. ¡Mi padre!... ¡mis hermanos! ¡ahora me ha llegado la vez!

Hasta entonces nada parecido á esto había dicho. Jamás hablaba de su horrible vicio, del cual parecía no acordarse.

¿Cómo no vislumbrar algunos rayos de esperanza cuando se le veía tan bueno, tan dócil, jugando con su hijo en un rincón del hogar? ¿Cómo no confiar un poco en su arrepentimiento cuando se le veía dejar su aire de amo y guardar con su mujer mil atenciones y mil cariños, y dulces cuidados para que olvidase su pena?

¿Cómo figurarse que *este* Ives podría, de pronto y fatalmente, convertirse en *el otro* Ives, el de los días malos, el de la mirada sombría, la bestia enloquecida por el alcohol, á la cual nada conmoviera? Entonces su mujer le rodeaba de ternura, redoblaba las manifestaciones de su cariño, concentraba en él toda su fuerza de voluntad, le cuidaba como se cuida á un niño, temblaba, siguiéndole con la vista, cuando bajaba á la calle por donde pasaban sus camaradas y donde se abrían las tabernas.

Ives en tierra era hombre perdido; él mismo lo conocía, y confesaba que le era necesario embarcarse de nuevo.

Había crecido en el mar, al acaso, lo mismo que las flores silvestres. Nadie se había ocupado nunca en inculcarle ideas del deber, ni en marcarle líneas de conducta, ni en enseñarle nada. Solamente yo, á quien la casualidad y una sú-

plica de la madre de Ives habían puesto en su camino, pude hablarle algo de esas cosas nuevas, completamente nuevas para él; pero sin duda era ya demasiado tarde, ó no pude hablarle todo lo necesario. La severa disciplina de á bordo había sido el freno poderoso y único que había guiado su vida material, manteniéndole en esa austeridad ruda y sana que conserva fuerte y vigoroso al marinero.

La *tierra* había sido durante mucho tiempo para Ives un sitio de paso, donde estaba en libertad y tenía mujeres. Bajaba á ella, y en ella estaba como en país conquistado, entre el viaje terminado y el que iba á comenzar; tenía entonces dinero, y en los sitios donde se vendía el placer todo se doblegaba ante su capricho y su fuerza.

Pero sobrellevar una vida arreglada de familia en su hogar reducido; contar el gasto de cada día; guiarse á sí mismo; pensar en mañana, ¡bah! sus hábitos de marinero no encajaban en estas obligaciones imprevistas. Además, en este Brest degenerado y podrido el alcohol parecía brotar de las paredes, mezclado con la humedad malsana.

Entonces Ives caía, caía tan bajo como muchos otros que habían sido, lo mismo que él,

buenos y valientes; se encanallaba, se colocaba poco á poco al nivel de este pueblo de borrachos, y su corrupción era repulsiva, como corrupción de obrero.

LIX

Un día recibí una carta en que se me pedía socorro.

Era sencillísima, y parecía enteramente la carta de un niño. Decía así:

«Querido hermano: No sé cómo decirselo á usted, pero la verdad es que me he entregado otra vez á la bebida. Por algo, usted lo sabe, no quería yo permanecer en Brest; temía este peligro.

»Ya he sido castigado tres veces con prisión, y ahora no sé cómo evitar algo más serio, pues veo que si continúo á bordo, me sucederá alguna desgracia.

»Creo que si pudiese embarcarme cerca de us-

ted tendría yo todo lo que necesito. Hermano, hermano mío, ya que usted ha de embarcarse pronto, si quisiera usted venir á Brest para llevarme, de seguro estaría yo mejor que aquí, y desde luego, eso me salvaría.

»Me ha hecho usted mucho daño diciéndome en su carta que yo no quería ni á mi mujer ni á mi hijo, porque por María y por Periquillo soy capaz de todo.

»Sí, hermano mío, sí; he llorado, y estoy llorando todavía al escribir, y no me dejan ver las lágrimas que ahora mismo vierto.

»No espero en nada más que en verle á usted venir. Le abrazo con toda mi alma y le suplico que no se olvide de su hermano, á pesar de las molestias y los disgustos que le da á usted. Le quiere á usted mucho,

IVES KERMADEC.»

LX

En un domingo del mes de Diciembre regresé á Brest sin avisar á nadie, y bajé al barrio de la Gran Vía para buscar la habitación de Ives. Leyendo los números de las puertas recorrí todas aquellas elevadas casas de granito, que fueron moradas antiguas de personas muy ricas y que hoy están en poder del pueblo; abajo, tabernas abiertas por todas partes; arriba, ventanas con cortinas humilde y con flores marchitas en sus tiestos.

Era muy de mañana. Ya circulaban grupos de marineros que, vistiendo su traje limpio de los días festivos, comenzaban cantando la fiesta del domingo.

Respirábase blanca bruma y fresco húmedo, primera sensación del invierno. Como yo acababa de llegar del Adriático, familiarizado con el sol, las tintas de Brest me parecían más oscuras.

En el núm. 154, sobre una muestra en que se

leía: *Al pensamiento del hermoso artillero*, subí tres tramos de una escalera muy ancha y muy vieja, y encontré la habitación de Kermadec.

Oíase desde la puerta el ruido isócrono de una cuna mecida. Perico, mimado á pesar de todo, había conservado la costumbre de que le durmieran así. Ives, solo con su hijo, estaba sentado cerca de él, y le mecía con una mano muy suavemente.

Levantó su mirada triste, conmovido al verme, pero sin atreverse á hablar; parecía decirme con la expresión de su rostro: «¡Ah, sí, hermano, ya sé que viene usted para llevarme, esto es lo que yo había pedido; pero... yo no le esperaba á usted tan pronto, y el marcharme ahora me va á causar pena.»

Físicamente, muy poco había cambiado Ives. Estaba algo más pálido; al abrigo del soplo del mar su expresión era diferente, menos segura, casi dolorosa. Había padecido, y se le conocía; pero no había impreso aún huella alguna en su rostro grave, incoloro y marmóreo.

Miraba yo alrededor mío con tristeza y oprimiéndome el corazón; yo no había previsto lo que podría ser en tierra y en una ciudad el domicilio de Ives. Era muy distinto de aquel aloja-

miento del mar, en que le había yo visto en otro tiempo: las gaviotas llenas de sol y de aire. Aquí, ahora, en medio de aquella realidad pobre, encontrábame yo—lo mismo que él sin duda—como desterrado y molesto.

María estaba fuera; había ido á la fuente. Perico dormía bien; sus largas pestañas de niño caían sobre sus mejillas; estábamos solos frente á frente Ives y yo, y como él temía lo que yo pudiera decirle, se apresuró á hablarme de embarco.

Una permuta en la lista de embarcos me ponía en Brest, próximo á partir.

Estaban armándose dos ó tres buques (para China, para el mar del Sur y para Levante); era necesario estar apercebido para embarcarse al primer aviso, y dirigirse á uno de esos puntos. La semana siguiente fué uno de esos períodos agitados que atraviesan tan frecuentemente los marinos: vivir sin fijeza en la fonda, con la maleta á medio llenar y sin saber qué camino se tomará mañana; pensar en infinidad de cosas, el servicio del puerto y los preparativos de viaje; después idas y venidas, gestiones para sacar á Ives de *La Reserva* y tenerle á mi disposición, pronto á partir conmigo.

Los días de Diciembre, cortos y fríos, pasaban

de prisa. Subía yo frecuentemente, de cuatro en cuatro, los peldaños de la escalera de casa de Kermadec, y María, siempre pendiente de las primeras palabras que yo pronunciaba, me dirigía tristes sonrisas, con una confianza resignada y respetuosa, esperando mis resoluciones.

LXI

En la rada de Brest, 23 de Diciembre de 1880.

Es una noche de Diciembre clara y fría; en el mar, gran calma; á bordo, profundo silencio.

En una cámara muy pequeña del buque, pintado de blanco y forrado de hierro, está Ives sentado cerca de mí sobre las maletas y las cajas abiertas. Estamos instalándonos; es necesario disponerse un hogar en aquel recinto movable que va á pasearnos, dentro de muy poco, en medio de las olas alborotadas.

Ninguno de aquellos viajes previstos, ninguna de aquellas largas expediciones en proyecto, han prosperado. Estoy embarcado en *La Sèvre*, que